

IV. Semblanza humano-religiosa

Del Teófilo niño y joven ya hemos comprobado que era un chico listo, estudioso, formal, piadoso, servicial. Por su baja estatura, agradable presencia y talante juguetón, se le llamó por mucho tiempo "Teofilín".

Quienes le conocían por sus escritos, tan magistrales y polifacéticos, cuando se encontraban personalmente con él, quedaban sorprendidos por su sencillez y familiaridad de trato, como de un niño mentalmente sobredesarrollado. Cosa parecida les ocurría a los estudiantes de Salamanca. Por lo demás, Urdánóz era más impresionante leído que oído, pues su dicción no era brillante. En su bien surtida biblioteca personal apenas hay otros libros que los de teología y filosofía. No usaba ficheros, porque gozaba de una memoria privilegiada.

Religiosamente fue un hombre profundamente creyente y observante. Desde que cayó en desuso la dispensa de los profesores de asistir a Coro, Urdánóz asistió asiduamente a todos los actos corales, incluido el Santo Rosario. En los últimos meses sufría, porque su estado de salud no le permitía tener Misa con el pueblo. Durante la Semana Santa le gustaba salir a hacer ministerio sacerdotal a alguna parroquia del norte. También dio algunas tandas de ejercicios espirituales a religiosas contemplativas.

El contraste de su gran personalidad con su talante juvenil, y el desgaste de sus fuerzas físicas y autocontrol psíquico, le hicieron ser un enfermo difícil en la larga estancia en la Clínica de San Camilo (10 de enero de 1985-26 de marzo de 1986), donde sufrió una complicada intervención quirúrgica de peritonitis. Todos comprendimos perfectamente su situación y le acompañamos amistosa y caritativamente. La afección cardíaca que le sobrevino el último mes fue menos molesta y más agotadora. "Esto se acaba", me dijo momentos antes de administrarle la Unción de los Enfermos.

A raíz de su muerte, "Ovidio", en la sección "Zigzag" de *ABC* (11-VI-1987) lamentaba, con razón, que Urdánóz pasase como un "desconocido". Sí, poco conocido en los ambientes publicitarios, que cometen estas discriminaciones injustas. Pero también hay que reconocer que en los ambientes filosóficos y teológicos, especialmente de lengua hispana, Urdánóz viene siendo conocido y admirado desde hace muchos años. Con el tiempo, espero que lo sea más.

VICTORINO RODRÍGUEZ O. P.

EN DEFENSA DE SOCRATES

A Mons. Octavio N. Derisi, socrático y tomista.

Ese ingenioso escritor y buen poeta que fue Ignacio B. Anzoátegui, en su obra *Vida de payasos ilustres* —obra de varias décadas atrás, pero que leímos por casualidad el otro día— considera payaso a Sócrates.

No abriremos juicio sobre otros "payasos" esbozados en ese libro (Francisco I, Fr. Bartolomé de las Casas, Calvino, Garibaldi y otros que no recordamos);

y no lo haremos por aquello de "no juzguéis y no seréis juzgados". Y aunque esos personajes nos parecen también a nosotros perjudiciales, no nos atreveríamos a llamarlos "payasos".

Mas no podemos callar ante la injusticia de incluir entre ellos nada menos que a Sócrates (a quien se ha comparado, por su muerte en tributo a la verdad, con N. S. Jesucristo). Por eso, pese a lo relativamente vetusto de la mencionada obra de Anzoátegui (en este tiempo de la velocidad), nos atrevemos a tocar este tema.

Maestro de Platón y, a su través, de Aristóteles —personajes estos a quienes Anzoátegui admira y respeta— Sócrates tiene en su haber: a) la refutación de los sofistas; b) el método dialéctico como diálogo; c) la "ironía" y la mayéutica, como procedimientos de refutación del error y, respectivamente, de alumbramiento de la verdad; d) el descubrimiento de las esencias y de su definición; e) el primer ensayo inequívoco de teísmo y quizá de monoteísmo en el mundo pagano; f) la defensa de la Grecia sagrada y tradicional, y de sus leyes, y el rechazo de los gobiernos demagógicos en su *polis* natal, Atenas; g) su gran valor en la guerra; h) su extraordinaria capacidad contemplativa, que lo hizo estar de pie, inmóvil, más de un día, ante la mirada admirativa de sus compañeros de ejército, absorto en sus pensamientos esenciales; i) el haber sabido morir por su ciudad, cuando se le ofrecía una fácil huida.

Por eso nos parece una gran injusticia colocar nada menos que a Sócrates entre los "payasos". Y más teniendo en cuenta que Anzoátegui no da un solo argumento serio para reducir a Sócrates a ese tipo de hombres; sólo se basa el fallecido autor argentino en su propia extraordinaria habilidad para jugar ingeniosamente con las palabras, en ese buen castellano que él, con razón, usaba y veneraba.

Pero, siguiendo la terminología del segundo (en el tiempo) de los socráticos mayores, Aristóteles, diremos que, en este caso de Sócrates, el pensamiento de Anzoátegui no resulta *epistémico*, ni *dóxico*, ni *poético*; tan sólo *retórico*. Y la retórica no tiene conexión necesaria con la verdad. (Cfr. S. THOM. AQUIN., *In Aristotelis libros Posteriorum Analyt. Expositio*, Marietti, Torino, 1955, Prooemium, n. 6, p. 148); además, cabe recordar que el P. Meinvielle tuvo que hacer notar, tiempo atrás, que para Anzoátegui los pecados españoles parecían diferir esencialmente de los que cometían los demás hombres; aquellos hispánicos pecados eran mostrados, incluso, como laudables. Pero decimos: *Amica Hispania, sed magis amica veritas!* Traemos a colación esto, porque muestra cómo la retórica puede llevar al pensamiento más allá de lo que quería, cuando uno se alucina con ella.